

JAIME COBREROS AGUIRRE

O LA CUARTA DIMENSIÓN DEL ARTE ROMÁNICO

Si hubiera de definir escuetamente a Jaime Cobreros Aguirre podría decir que es un intelectual pero... ¡es al mismo tiempo tan humano y tan sencillo que no estaría mostrándole tal cual es! ¿Un hombre perspicaz? Efectivamente, porque su ingenio es agudo. Y también perspicuo, porque sabe expresarse con claridad. Pero quizá el adjetivo que mejor le cuadre sea el de perspectivo, por esa virtud con que sabe ver, contemplar y penetrar en la cuarta dimensión del arte. Sobre todo del arte románico.

El último de sus libros, publicado por Mensajero, lleva por título *Evangelio Románico* y es una auténtica expresión de esa cualidad suya, presente por otra parte en toda su obra y se podría decir que en toda su vida.

Parco en palabras, nos lleva Jaime de la mano en su *Evangelio Románico* ante el lenguaje de las formas esculpidas con una perspectiva de fe y espiritualidad. Formas que supo ir captando en su largo peregrinar por los caminos compostelanos, haciendo de *photógrafo de imágenes de la Imagen de Dios*, como él mismo se define al dedicarme su libro.

Un libro en el que cada una de las magníficas fotografías que lo ilustran lleva a su lado un texto evangélico que es como la música que envuelve la pura contemplación de la escena. Texto en el que hubo de inspirarse quien hace varios siglos golpeó la piedra y la iluminó con su arte. Libro en el que puede hoy el lector acercarse a las palabras y acercarse a las formas participando de las vivencias y los sentimientos de quienes nos precedieron.

Nació *Evangelio Románico* de esa arraigada idea de Jaime Cobreros de que el Románico es un arte sagrado total. Que se presta a algo mucho más profundo que la simple contemplación. Y el haber colocado en él esculturas frente a textos evangélicos abre nuevos caminos a lecturas a niveles diferentes. Además, los textos de la Biblia que acompañan a las imágenes captadas por Jaime Cobreros, en la traducción de Luis Alonso Schökel, aparecen plenos de belleza en sus palabras y expresiones. Se supone que tex-

tos e imágenes sostienen una intercomunicación que sigue viva a través del tiempo y que el lector por su cuenta debe percibir. Y en la medida que sea capaz de profundizar en ella mayor ha de ser la delectación artística y mayor el enriquecimiento personal.



Porque Cobreros cree que el arte románico es un arte capaz de hablar a todas las potencias del hombre. Ve en él una belleza visual que llega a los sentidos, a la estética; una belleza espiritual que se corresponde con los sentimientos, con el fervor; y todavía llega más lejos al considerar el arte románico expresión de la belleza luminosa de Dios con capacidad para llegar al intelecto, a la teofanía.

Por decirlo con sus mismas palabras: *“El románico es una teología de la belleza que se ofrece a todos los hombres gratuitamente desde portadas, capiteles, canecillos, ábsides y muros.*

Por ello es algo más que un arte religioso; es un arte sagrado que encuentra eco en la dimensión vertical del hombre”.

Supongo que esta profunda madurez que denota el pensamiento actual de Jaime Cobreros tuvo su inicio allá por los años setenta cuando él y Juan Pedro Morim publicaron *El Camino iniciático de Santiago* del que se han publicado ya seis ediciones.

Reconoce que aquel darse de bruces en el camino hacia Compostela con tal concentración artística medieval hace veinticinco años les abrió una ventana nueva. Observaron otra dimensión que iba más allá de lo deportivo e incluso de lo religioso. Descubrieron la coherencia en el simbolismo. Y ello les llevó a querer participar su descubrimiento publicando el *Camino Iniciático*.

Posteriormente vio la luz una *Guía del Camino* de pequeño formato, para llevar en la mochila, pero siempre incidiendo en el significado, en iluminar el románico como capacidad de símbolo más allá de la forma.

Deseando nuevamente comunicar, compartir, poner al alcance de otros las bellas experiencias vividas y sentidas, Jaime publica *Itinerarios Románicos por el Alto Aragón*, en Ediciones Encuentro, que provocaría el encargo de Ediciones Incafo para realizar lo que acabaría siendo una *Guía del Románico en España*. La preparación de esta guía empujó a nuestro buen amigo a dedicar un par de años a recorrer lo que fue la Hispania medieval cristiana, preparando más de cincuenta itinerarios y unas trescientas cincuenta monografías. Pero como siempre, intentando ir más allá de una guía práctica y profundizando en el simbolismo presente en las formas artísticas del románico.

Por el tiempo que formó parte de la Comisión Directiva del Ateneo Guipuzcoano, y durante cinco o seis años, solía realizarse la *Semana del Pensamiento Heterodoxo*, y traían a ella a personalidades importantes como Jean Chevalier que era director de la Unesco, autor de un *Diccionario de Símbolos*. El mejor diccionario de símbolos a decir de Cobreros. De aquel tiempo son *Esperando al Milenio e Iniciación al Simbolismo* que es transcripción de las dos primeras Semanas.

Esa atracción por el simbolismo llevó a Jaime Cobreros a promover la realización de una colección de diez libros a cargo de diversos autores que apareció en ediciones Obelisco. Su participación en ella fue con la obra *El Puente*.

El personaje que estoy intentando describir, más allá de su faceta de intelectual tiene una característica entrañable para los lectores de *Oarso*. Jaime Cobreros es un renteriano de pura cepa. De una cepa centenaria. Pues fue precisamente el año 1900 cuando su abuelo Zacarías Cobreros y López de Muniain accedió a la plaza de Farmacéutico Titular de Rentería.

Zacarías Cobreros era baracaldés y había estudiado en Santiago de Compostela en la Universidad de Fonseca pues por aquellos años solamente se podía cursar la carrera de Farmacia en Madrid, Barcelona, Santiago o Granada. Contemporáneo de los personajes que aparecen en la novela “La casa de la Troya” fue condiscípulo de muchos de los que figuran en el relato con nombres supuestos.

Acabada la carrera Zacarías se casó con Luz Uranga de Portugaleta y se establecieron en Rentería en la farmacia que habían comprado a Benito Rueda que entonces estaba en la calle del Medio, pero pronto se trasladaron a la calle de Viteri, al nº 11, con una amplia rebotica a la plaza de los Fueros.

Por aquel tiempo y mucho después la parte más importante de la farmacia era la rebotica, llena de estanterías con múltiples frascos y redomas que contenían las materias primas para elaborar todo tipo de píldoras, ungüentos o jarabes, utilizando plantas medicinales, sales y aceites o esencias.

Poco después Zacarías Cobreros fue nombrado Director del Laboratorio Químico Municipal con la misión de controlar la calidad de las aguas y algunos alimentos como las harinas. Pero el año 1923 murió dejando a la viuda Luz con cuatro hijos, la cual no dejó la Farmacia aunque se viera obligada a poner al frente de ella un regente.

Todos los hijos colaboraron en el negocio familiar. Yo recuerdo a Carmen, pero sobre todo a Lucita atendiendo al público tras el mostrador. Vicente fue el artista. Discípulo de Sorolla que lo apreciaba mucho, fue como él un expresionista enamorado de la luz.

Me dice Jaime que su tío Vicente poseía un gran dominio del dibujo y una paleta ancha, riquísima. Que nunca hizo exposiciones, por lo que su obra es poco conocida a pesar de haber sido Medalla de Oro en Bellas Artes. Que Vicente Cobreros Uranga, si nació en Tolosa fue por casualidad pero que siempre fue renteriano y vivió como renteriano.

Muchas veces colaboró Vicente Cobreros en esta revista *Oarso*. Refiriéndose a la Rentería romántica, o contando las aventuras que pasaron las preciosas vidrieras de la parroquia de la Asunción por causa de la primera Guerra Mundial. En *Oarso* de 1973, recordando los años de su niñez, se refería don Vicente al pintor Regoyos que vivió en Rentería, precisamente en el número quince de la calle Viteri donde nació uno de sus hijos. Y se preguntaba por qué Darío Regoyos que había recorrido medio mundo pintando echó el ancla frente a nuestro paisaje. Y recordaba también aquella tarde de verano en que unos cuantos chavales del pueblo se bañaban en Estitxo, “por los aledaños de La Fandería” y aquel señor “prantzés” les inmortalizó en un cuadro “refulgente de luz como una gema” que tanto gustaba contemplar en el Museo cada vez que iba a Bilbao.

Precisamente en el nuevo y bonito barrio de La Fandería tiene hoy don Vicente Cobreros, el tío de Jaime Cobreros nuestro entrevistado, una calle dedicada. Hecho muy satisfactorio para los colaboradores de la revista *Oarso* entre los cuales más de una vez se había comentado el deseo de tal eventualidad.



El hijo más pequeño de don Zacarías el boticario fue Antonio, el padre de Jaime, y fue él quien estudió farmacia y pudo hacerse cargo de la empresa familiar. Igual que el abuelo, hizo los estudios en Santiago de Compostela, en la Universidad de Fonseca, pero ya no hacía hasta allí el viaje en diligencia como el abuelo pasando dos días largos en el camino sino que gracias al ferrocarril el recorrido de aquí hasta Santiago duraba veintisiete horas.

Era la calle de Viteri por entonces la principal y más importante por ser al tiempo la carretera que desde Madrid llevaba a Francia y por la que discurría el tranvía que hacía el recorrido entre nuestra villa y San Sebastián. Había en ella una chocolatería bien famosa, de nombre *El Jardín*, donde además se podían tomar bolados que eran unas bolas un tanto alargadas hechas de merengue azucarado que se disolvían en agua.

Todo iba cambiando. Los medicamentos preparados bajo fórmula médica en la rebotica iban siendo sustituidos por los preparados en laboratorios industriales; mientras que la experiencia de laboratorio microbiológico y físico-químico que por entonces sólo los farmacéuticos poseían les abría el camino para el naciente campo de los Análisis Clínicos.

Don Antonio fue uno de aquellos pioneros que comenzaron a realizar análisis clínicos. El año 1947 consiguió por oposición la titularidad de Farmacéutico Municipal y en 1953 el doctorado en Farmacia al defender en la Universidad Central una tesis realizada en su laboratorio de forma paralela al trabajo diario del mismo para la que contó con la inestimable colaboración de su esposa, María Aguirre. También el padre de Jaime Cobreros tenía vena de escritor. Y su firma apareció en los periódicos y también en nuestra revista *Oarso*.

He preguntado a Jaime si es verdad que la rebotica familiar, igual que en otros pueblos, era el lugar de reunión de la gente letrada, y en dos palabras me describe el ambiente de los años cincuenta: *Por la mañana, los curas, luego, los médicos. Después, el capellán de las Agustinas. Discutían unos y otros, mientras mi padre seguía trabajando. Cuando empezamos a cerrar los domingos hubo una gran desorientación.*

Falleció Antonio Cobreros Uraga el año 1965, mereciendo que nuestro Ayuntamiento hiciera patente su pesar por tan sensible pérdida, del mismo modo que cuarenta años antes había expresado públicamente su dolor por la pérdida del “celoso y probo farmacéutico” don Zacarías Cobreros y López de Muniain.

María, la bella y dulce enfermera que fue la esposa de Antonio Cobreros, al quedar viuda, arropada por sus tres hijos, Jaime, Teresa y Elena, siguió empeñada en el trabajo del laboratorio hasta que cumplió ochenta años y aún hoy todavía continúa en activo realizando labores administrativas dentro de la empresa familiar. Porque los tres hijos de María Aguirre y de Antonio Cobreros cursaron la carrera de Farmacia. Y los tres se especializaron en Análisis Clínicos. Y los tres estudiaron en Compostela. A la que viajaban en ferrocarril durante diecisiete horas... ¡y el recorrido se les hacía interminable! *“Todos estudiamos en la entrañable Fonseca de nuestro padre y de nuestro abuelo tan distinta y tan similar al mismo tiempo a la que ellos conocieron”* apostilla Jaime.

Además, si Jaime Cobreros Aguirre no se ha salido de la línea marcada por sus padres y por su abuelo profesional-

mente, en el ámbito literario y artístico también ha acogido con agrado la herencia familiar. Ya vimos antes su itinerario: desde el principio, sin fisuras, en línea recta, a través del Camino, a través del Puente, a través del Arte, atravesando la Belleza, penetrando en el Símbolo, hasta llegar a un Evangelio que le acerca hasta Dios.

Así es nuestro amigo Jaime Cobreros Aguirre. Un perspicaz y perspicuo perspectivo capaz de captar la cuarta dimensión del arte románico.

Tal vez por ello entre sus más preciados logros esté el haber descubierto, en el monasterio de San Juan de Ortega en la provincia de Burgos, la obra de arte más bella del Camino de Santiago, obra que solamente dos días cada año es posible contemplar porque se compone de piedra y de luz, cayendo en la una la otra con plenitud sólo cuando convergen ciertas condiciones astronómicas.

Estando en compañía de Juan Pedro Morim disfrutando de la belleza de un capitel que refleja la Anunciación del arcángel San Miguel a la Virgen María; con cierta extrañeza porque la posición de ambas figuras no se correspondía con la tradicional que las coloca frente a frente sino que ambas se hallaban una al lado de otra, mirando el frente con expectación; escucharon decir al anciano párroco, ya casi ciego, que llevaba muchos años en el monasterio de San Juan de Ortega, que todos los años “por San José” se producía un espectáculo excepcional: un rayo de luz, incidiendo sobre el capitel de la Anunciación, permitía contemplarlo en todo su esplendor, ahuyentando la penumbra que lo envolvía los demás días del año.

Aquella pista les llevó a sospechar que aquel milagro de belleza debía tener lugar en el equinoccio, época en que el sol se encuentra sobre el Ecuador y por esta circunstancia los días duran igual que las noches en toda la Tierra. Esto sucede dos veces al año, en el equinoccio de otoño que suele verificarse entre el 22 al 23 de septiembre, y en el equinoccio de primavera que se produce del 20 al 21 de marzo, “por San José” como había observado el anciano párroco en los tiempos en que sus ojos aún lo podían ver.

Inminente un equinoccio, salieron de aquí un lluvioso día esperando confirmar su hipótesis. Y ya en la tierra de los Montes de Oca, al pie del capitel de la Anunciación en el santuario de San Juan de Ortega, el sol les premió iluminando con uno de sus rayos durante algunos minutos aquel capitel *“ornado de la más extraordinaria Anunciación de todo el arte sacro occidental”*.

La luz, la gozosa luz que disipa las tinieblas en las que el mundo se debate, se había fundido por un instante con el mensaje pétreo que la estaba esperando, inundando a la vez el interior de Juan Pedro y de Jaime y haciéndoles sentir el soplo de lo Absoluto y revelándoles un simbolismo espacio-temporal muy rico, hoy prácticamente olvidado, que si pudo ser patrimonio del hombre medieval también podría servir en la actualidad de soporte de su vida espiritual y de sus reflexiones metafísicas.

Aquel descubrimiento llegó a conocerse en Francia, y en octubre de 1984 la revista *Zodiaque* publicaba su número 142 dedicado a “Equinoxes à San Juan de Ortega” con una apasionada reseña de nuestro amigo Jaime Cobreros y un bellissimo reportaje gráfico realizado por la propia revista que desplazó a sus reporteros expresamente para el evento.

Actualmente se organizan autobuses especiales para contemplar, tres días antes y después de los dos equinoccios anuales, a las cinco horas del día en horario solar, y durante cinco a diez minutos, cómo *“un rayo de sol inclinado atraviesa la ventana ojival de la fachada oeste”*; posterior a la construcción románica y que Jaime considera debió sustituir a alguna claraboya anterior.

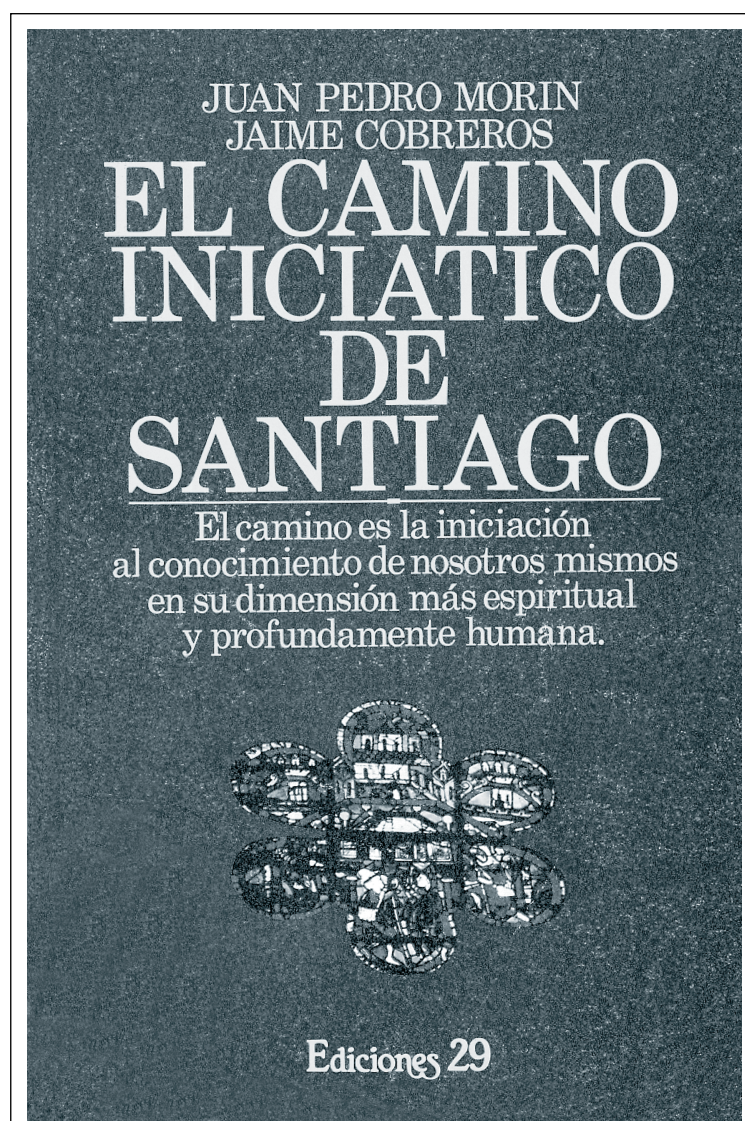
“El cálido tajo luminoso cae a lo largo del muro contigo como atraído por la viva escena del capitel de la Anunciación. Y cuando al fin ilumina a Gabriel y a María, una sensación profunda de misterio se apodera del espectador envolviéndole en un sentimiento de euforia desacostumbrado: la luz acaba de realizar el milagro”.

Quienes se llegan a San Juan de Ortega tal vez buscan comprender el hecho –tan claro para nuestro amigo Jaime cuando se refiere a ello, tan difícil para quien no quiere creer en la magia porque la desconfianza se superpone al misterio condicionándolo– de que el arte románico es sagrado en tanto que es expresión de una civilización basada en la tradición. Un arte a través del cual el hombre tradicional reflejaba en la materia las armonías que él sentía regían el Universo. Por ello el artista religioso comenzaba por elegir un lugar especialmente benéfico para construir allí un espacio rico en vibraciones espirituales, y en este espacio sacralizado transmitía sus conocimientos metafísicos a través de figuras o de proporciones que todo hombre favorablemente dispuesto podía recibir.

Supongo que actualmente no nos hallamos demasiado favorablemente dispuestos a contactar con el misterio y con el símbolo. Por ello Jaime reconoce que *“estas densas sensaciones, recibidas en preciosos momentos privilegiados durante los cuales se puede experimentar el orden natural de las cosas, reflejo de su unidad final, son raras en nuestros días”*. Y por eso nos resulta tan difícil comprender el genio del escultor *“que supo adaptar sus obras para que el Espíritu Santo apareciese bajo forma de luz, de rayo fecundante. Todo está en la penumbra hasta que la luz aparece. Y la luz llega cargada de vida: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”*.

Para Jaime esa *vida* aportada por la *luz* en aquel privilegiado lugar del *camino* de Santiago fue sinónimo de redención. Redención y renacimiento necesarios para abordar el camino del conocimiento que culmina en la identificación.

De su interesante conversación se deduce que aquella percepción de su juventud no han conseguido batirla



los vientos del relativismo, ni la actual globalización en la que predomina el mito de Procasto a quien por ser más alto que los demás le cortaron los pies para que no sobresaliera. Ahora, como entonces, la meta más importante para Jaime Cobreros Aguirre es el logro de la Verdad. De ahí su última obra *Evangelio Románico* en la cual –a través del Arte fundido en la Previa Palabra– ha querido poner al alcance del apresurado ser humano actual, decepcionado por tantos mitos derrumbados, esa intensa historia de Amor entre Dios y la Humanidad que se resume en un magnífico mensaje de Fraternidad entre todos los seres humanos.